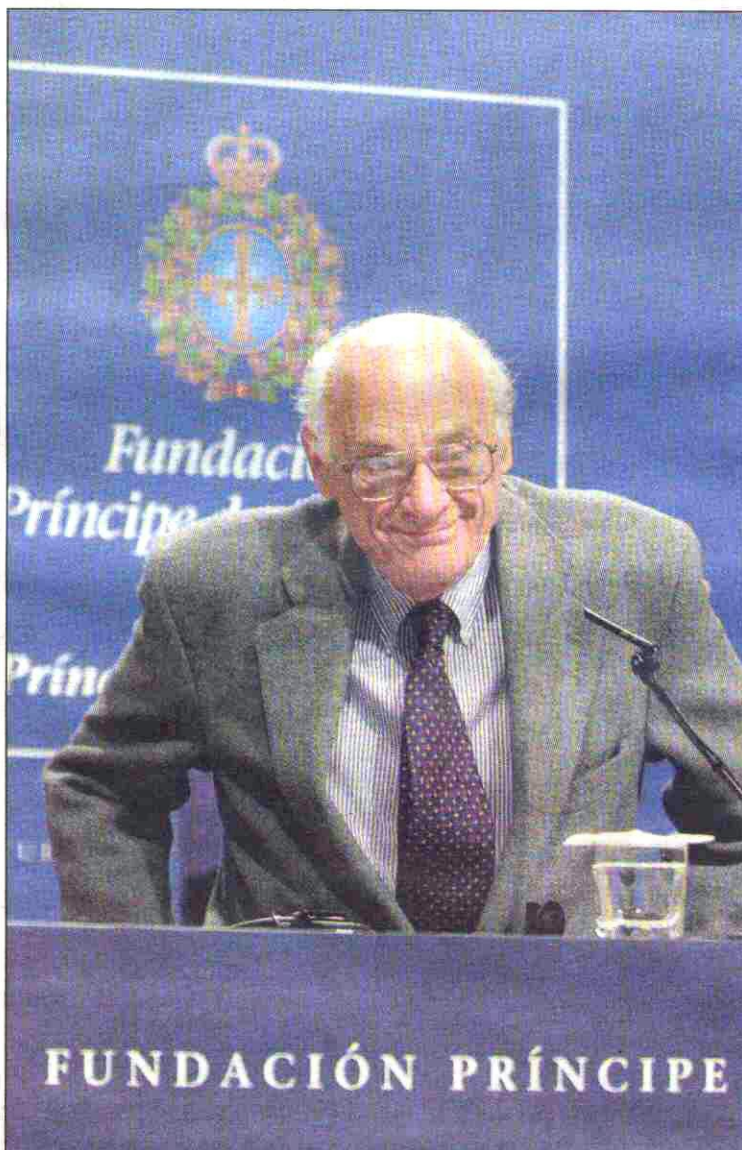


Luis Meana desarrolla en este artículo la figura de Arthur Miller no sólo como literato, sino como un reflejo del siglo. «Quizá su vida resulte, al final, más importante que su obra. Entre otras razones, porque esa vida ha sido una luz del siglo», explica el autor.

## Arthur Miller

LUIS MEANA



Arthur Miller, en la rueda de prensa ofrecida, ayer, en Oviedo.

NACHO OREJAS

Esta es la historia de un gran viaje, que se llama Arthur Miller. Del viejo y eterno éxodo que lleva el judaísmo en la sangre. Por eso el viaje se llama, también, Radomizl, «chupalanas», escritura, Brooklyn, holocausto, teatro, Marilyn, padre, fama, diamantes. Se llama, en una palabra, «tsadik», que en hebreo quiere decir sabio. Esta es la historia de un sabio. No en el sentido trivial de un erudito petulante, sino en el sentido profundo de hombre que ha emprendido muchos viajes a ninguna parte, pero que le han ido llevando a puntos-hallazgo, y por todo eso puede llamarse, con razón, gran viajero interior, seguramente uno de los importantes del siglo. Por supuesto, ese viaje tiene algo atávico, porque lleva agarrado a su médula como una enredadera el peso de las generaciones, el drama de los antepasados, el escenario sangriento de la historia, los balbuceos del espíritu, la pesada historia de la tribu, en definitiva, el difícil jeroglífico hebreo, quizás el jeroglífico más enrevesado que exista. En realidad, estamos ante un viaje bíblico, incluso para este Arthur Miller agnóstico.

Propiamente, la historia de este viaje comienza el día aquél en el que Dios le marcó su nombre a la Tierra como si fuera una res amada. O recíprocamente, el día aquél en el que el hombre puso el nombre de Dios a sus sueños. Pero por traerlo más cerca, el viaje de este Artie, al que ahora le damos el «Príncipe de Asturias» de las Letras, comienza con la historia de un niño de 7 años, que cruza, desde su aldea polaca, toda Europa con un cartel en el cuello, como si fuera un ciego, para que le guíen hasta un barco del puerto de Hamburgo que le llevará a Nueva York y su Harlem, donde le esperan sus padres y todos sus hermanos, que no le habían podido llevar años antes porque no tenían dinero para su pasaje. Esta es la historia de su padre. Historia conmovedora que describe el largo y oscuro túnel abierto, a pelo, con las uñas para encontrar una salida o un futuro entre los escombros de la historia. El impulso que lleva a agujerear con las uñas ese túnel es el abigarrado color y calor tribal de las familias y comunidades judías, un subsuelo atávico más duro y resistente que el pedernal, y que lleva

escrito en su código genético enrevesados jeroglíficos hebreos, con bailes de sinagoga, el sonido preñado del idioma alemán, la reverencia por los libros, que para ellos hasta tienen espina dorsal, el ansia del beneficio, el tesón terco, las inquietantes interrogantes del espíritu.

El paso de ese túnel es el siglo, en toda su extensión, intensidad y recorrido, que se va agarrando como una medusa a la vida de este niño-joven-hombre obligándole a un viaje continuo hacia sí mismo y hacia la comprensión de una historia incomprensible que, como un caballo salvaje, sólo da

brincos irracionales y coces mortales con forma de catástrofes. En el transcurso de ese túnel están los volátiles años 20, en los que, en la familia de Artie, los negocios textiles y las riquezas crecen y se multiplican como por magia; está también la trágica experiencia de la Gran Depresión, que no sólo trae la ruina de su padre, sino que se convierte en el vampiro que le chupa a ese padre toda su esencia, la ilusión vital, la fe en la lógica, la esperanza, experiencia que le fragmenta al hijo la figura del padre en dos mitades difícilmente conciliables, el padre real y el padre imaginado; está la Gran Guerra, está el MacCarthismo con sus trampas y traiciones, y está el Vietnam, es decir, las múltiples luchas políticas de Miller. Entre todos esos pasos, está también el eslabón perdido de Marilyn, la Venus americana, eslabón en el que se arremolinan con tempestuosa fiereza tantas claves de lucha y enredo entre el amor y el sexo, y cuya historia resulta aún hoy indecifrabla.

En todo ese largo camino

### En todos estos pasos está también el eslabón perdido de Marilyn, la Venus americana

encuentra este viajero su sitio, no sin caídas, lacras o culpas personales. De todo eso sale una libación, literaria y vital, de valor y altura. Cuyo método consiste en ir desenredando un nudo enrevesado, en el que todo está mezclado en un inseparable magma o simbiosis. Nudo que no se puede entender cronológicamente, ni deshacer lógicamente, y que sólo puede deshacerse, como él mismo asegura, geológicamente, es decir, introduciéndose en sus capas y estratos. Capas en las que todo es igual y distinto al mismo tiempo, todo es, a la vez, sucesivo y simultáneo, y donde Artie es todos sus antepasados y descendientes, lo ocurrido es lo omitido, lo vivido lo desconocido, más los éxodos, las generaciones, el marxismo parricida, los violines y el hedor al holocausto. De todo eso surgen «Todos eran mis hijos», «Panorama desde el Puente», o Willi Loman, el viajante desesperanzado y exprimido como un

limón, cuyo retrato es una fría autopsia de América, y un certero retrato de época, que se convertirá, bajo la sabia dirección de Kazan, en una catarsis colectiva americana. Lo paradójico de todo esto es que este gran viajero no llegase en su viaje a dar con Godot, con «Esperando a Godot», hallazgo para el que estaba sobredotado por entorno y naturaleza, pero que la fortuna le regaló a otro viajero, y eso que Miller no había hecho en su vida más que encontrarse y desencontrarse con Godot. Quizás actuó ahí silenciosamente el poderoso fondo atávico judío, que tiene blindada su genética para interrogantes tan desesperados e irreverentes.

El resultado de todo esto es una vida vivida, con lo que eso tiene de bueno o de malo, y una obra sólida basada en la fortaleza del texto. Quizá su vida resulte, al final, más importante que su obra. Entre otras razones, porque esa vida ha sido una luz del siglo. Metáfora que dice sólo lo que quiere decir, a saber, que esa vida ha sido un reflejo, extrañamente veraz y valiente, de su mundo, de un mundo encerrado durante mucho tiempo en un tenebroso túnel, en el que Miller tuvo la osadía o la compulsión de introducirse casi a ciegas para recorrerlo con una diminuta linterna, su mente. En ese sentido, ha sido un guía.

Probablemente volvemos a estar todos otra vez en el túnel, esta vez en un túnel lleno de luz pero quizá más oscuro que nunca. Y puede que no encontremos para ese viaje un guía tan lúcido o aguerrido como éste.

En mi opinión, una de las claves de toda gran escritura está en su poder ante la oxidación. Si algo hay magistral en este autor es su maestría para el tratamiento de la oxidación vital y literaria. Vida y obra se separan en dos grandes estratos: el racional / superficial y el atávico / profundo. Se le ha ido oxidando, quizá, el estrato superficial -izquierdista, racionalista, ideológico, temático-. Pero cualquier lector puede ver que no va a ser tan fácil que ese óxido afecte a la capa más atávica, que hace de arquitrabe de todo el edificio: el jeroglífico hebreo, las exploraciones del «tsadik» que se pregunta continuamente quién soy yo y qué es esta nada.

mo círculo óptico, dos chinchetas que miran más hacia dentro que para fuera. Estático, como con problemas de coordinación, no manotea como en sus películas porque tiene una mímica muy contenida. Para los fotógrafos metió las manos en los bolsillos que es donde los tímidos guardan la inquietud.

Dijo todo lo que todos sabíamos pero en persona, ese gran valor en la sociedad mediática. Neoyorquizó a todos, como neoyorquizó Oviedo al pasarlo y describirlo por comparación. En ese sentido y en el de que su Nueva York no tiene rascacielos, es de pueblo, aunque coincida que su pueblo es cosmopolita.

Un millón



Por Javier Cuervo

## El neoyorquizador

**Se interpretó otra vez:** tomó los cascos para la traducción simultánea como si se tratara de un objeto de una cultura extraterrestre. En el quitapón sus gafas corrieron serio peligro de ir al suelo como en «Toma el dinero y corre».

**Se puso en su sitio otra vez:**

no es Chaplin, ni Lubistch, ni Wilder, salvo en lo superficial de que hace películas como un artista completo. No es ellos, pero gracias a todos por la risa: a Chaplin, a Lubistch, a Wilder, a etcétera, a Allen. Tampoco es un intelectual, ni lo son sus amigos; sólo no es infantil.

**Woody Allen,** rueda de prensa, mediodía de ayer, Oviedo. El mundo se le parece cada vez más: no se siente seguro. Un centenar de periodistas pasó por arcos detectores de metales, sensibilizados en el mismo grado que los del aeropuerto JFK. No todos los acreditados resultaron ser periodistas, pero ninguno de ellos era un asesino. Fuera del arco, para verle a la entrada o la salida, treinta «fans», en su mayoría jóvenes y en su totalidad pacíficos y civilizados. ¿Qué pasó en estos 45 minutos? El director de «Annie Hall»...

**Se resumió otra vez:** la vida no tiene sentido y él, que no tiene la respuesta, está perplejo.